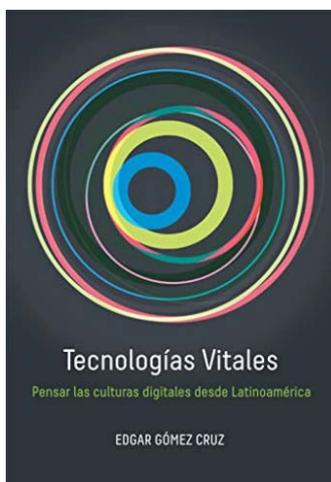


Reseña/Review (Gómez Cruz, Edgar, “Tecnologías vitales. Pensar las culturas digitales desde Latinoamérica”, Editorial Universidad Panamericana – Puertabierta Editores, ISBN: 978-607-8783-97-7, 289 págs., 2022)

Rubén Blanco Merlo

Universidad Complutense de Madrid (España) ✉ 

<https://dx.doi.org/10.5209/TEKN.87766>



Me produce un gran placer, pero también una gran responsabilidad, afrontar la recensión del libro escrito por el investigador y profesor Edgar Gómez Cruz. Según avanzan las páginas, me son muy próximos algunos de los pasajes que narra su autor de la misma manera que muchas de las cuestiones intelectuales que se despliegan en el texto me resultan familiares. Como

él mismo apunta en la página 9, el recorrido de este libro arranca el día en el que llegó a la Universidad Complutense de Madrid para iniciar un doctorado en Sociología. Desde entonces múltiples acontecimientos se han producido en su proceder, pero si algo les caracteriza es que en buena medida han estado constituidos o sustentados en lo que Edgar Gómez Cruz denomina «tecnologías vitales», esto es, aquellas tecnologías, en tanto que objetuales pero también en tanto que infraestructuras, «(...) construyen y posibilitan lo vital» (Gómez Cruz, 2022, p. 28). Siguiendo la estela del libro *Life after new media: Mediation as a vital process* de Sarah Kember y Joanna Zylińska (2012), para él la cuestión es si «preguntarse por estos procesos de mediación es en realidad preguntarse por la vida misma (...), pero (...) no tanto en una esfera epistemológica, sino en una más cotidiana y quizá menos académica» (Gómez Cruz, 2022, p. 28).

Y ¿por qué «tecnologías vitales»? En primer lugar, el autor alude a la necesidad de superar las viejas dicotomías (online/offline, social/tecnológico, local/global). En segundo lugar, el texto utiliza «un punto de vista holístico en el que las tecnologías son a la vez centrales en las formas vitales que generan, sostienen, transforman o evitan, pero descentradas cuando se piensa en la vitalidad» (p. 32). Con el adjetivo vital se sitúa a las tecnologías en un plano distinto al

de su materialidad, su uso o las prácticas y narrativas que las atraviesan; «lo que moviliza el concepto de vital es la pregunta de cómo las tecnologías articulan, constituyen y son parte, a través de su uso cotidiano, de formas particulares de ser y existir en el mundo (...). Es además un proyecto político» (p. 32).

Asimismo, como el propio autor advierte -en relación con dicho título- el libro tiene dos finalidades específicas: «presentar un abordaje para pensar las tecnologías en conjunción con formas vitales y contribuir con una semilla para repensarlas y construir las de manera que hagan que esta vitalidad responda a nuestras necesidades» (pp. 32-33). Por ello, como manifiesta intencionadamente, «debemos situar el estudio de las tecnologías en ámbitos más amplios que las tecnologías en sí mismas y, por lo tanto, necesitamos enfocarlas desde dimensiones, herramientas y tácticas más complejas que las que hemos usado hasta ahora. Necesitamos, por tanto, entender cómo generan vitalidad» (p. 33). De esta cuestión surgen aquellas otras que nos interpelan en la actualidad. ¿Qué significa ser humano en la era digital? ¿Quién controla y gobierna las tecnologías? ¿Quién las diseña y con qué fines? En suma, «a fin de cuentas hablamos de quién controla y gobierna la vida» (p. 35); y, como el autor defiende y pretende,

(...) el punto que quiero poner sobre la mesa es que la lógica digital (en algunas ocasiones algorítmica, siempre computacional) ha generado formas particulares que pueden describirse como pertenecientes o relativas a la vida, desde los selfies a la mediación de las relaciones afectivas, desde habilidades fundamentales para hacer ciertos trabajos a formas emergentes de ser educadas y educados (pp. 35-36).

En último extremo, el objetivo del libro en relación con las tecnologías, tal y como lo expresa su autor, trata de «(...) reposicionar su uso, (...) criticar las narrativas y discursos optimistas sobre su función de cambiar al mundo para bien. Las tecnologías, entonces, son vitales porque pertenecen a la vida y es en ésta donde debemos comprenderlas. Para dar

cuenta de la vitalidad de las tecnologías debemos hablar de su importancia» (p. 36). Entonces, ¿cómo hacerlo?

El autor nos recuerda a Melvin Kranzberg, «las tecnologías pueden ser buenas o malas, pero nunca son neutrales» y a Langdom Winner, las tecnologías tienen «utilidades promiscuas» puesto que pueden ser utilizadas en una infinidad de formas; y también la:

(...) idea, de que las tecnologías son constructoras de mundos, la que me interesa enfatizar con lo vital. El concepto de tecnologías vitales busca, por un lado, dar cuenta de la importancia y la trascendencia de las prácticas cotidianas con tecnologías digitales, pero, por otro y quizá más relevante, de la profunda transformación sistémica que las tecnologías han posibilitado en la forma en la que vivimos (p. 41).

A partir de esta idea se desplegarán en las siguientes páginas la descripción (tanto en términos discursivos como de ensamblajes sociotécnicos) de tres transformaciones históricas recientes en relación con las tecnologías digitales desde 1997 -momento en el que Gómez Cruz arranca su interés en esta temática- hasta 2021, momento en el que finaliza la presente obra; a saber, «1) la emergencia de la cultura algorítmica, 2) la consolidación del capitalismo como forma imperante del uso de las tecnologías digitales y 3) la normalización en el uso de las tecnologías a pesar de las diferencias de acceso y recursos que todavía son desiguales, particularmente gracias al teléfono inteligente» (p. 57). Transformaciones que han dado soporte a «infraestructuras vitales» fundamentales para la comunicación, sociabilidad e información gracias a «un puñado de aplicaciones, todas con fines de lucro y todas afianzando su posición como las únicas alternativas» (p. 57).

En el capítulo siguiente, el autor expone cinco dimensiones para comprender las citadas tecnologías digitales y las transformaciones que han acarreado ya examinadas en el anterior capítulo; «la histórica, la cultural, la fenomenológica, la económico-política y la sociotécnica» (p. 101). A lo largo de estas páginas, resulta interesante apreciar cómo los componentes más académicos y escolares se entremezclan con anécdotas y vivencias del autor en una suerte de memoria viva de acontecimientos, reflexiones y consideraciones que permiten a la lectora o al lector considerar la importancia de lo expuesto y narrado; pero también la agudeza y clarividencia de los comentarios e indicaciones de Gómez Cruz. Resulta fascinante el itinerario geográfico que se despliega como si del cumplimiento del mandato metodológico latouriano se tratara: «seguir a los actores».

A continuación, Gómez Cruz presenta tres herramientas y/o propuestas para pensar las tecnologías en relación con su vitalidad fruto de su experiencia tanto escolar como vivencial. Espíritu crítico ante la

circunstancia de que «las tecnologías se han hecho vitales y debemos mantener un espíritu crítico ante ellas» (p. 156). No obstante, también nos alerta de que esta actitud se ve amenazada por lo que considera tres problemas, a saber, «1) se nos suele olvidar, 2) aunque se piense, luego no se lleva a la práctica y, 3) aunque lo recordemos e intentemos llevar a la práctica, la cotidianidad, la presión social o la obligación nos llevan a bajar la guardia constantemente» (p. 157). Agenda empírica enfrentada a «inercias» que no permiten su desarrollo pleno. Dichas inercias son: futurismos, metáforas, la academia contemporánea y mitologías. Por último, el enfoque interdisciplinario y el «llamado a la apertura» que comporta.

Finalmente, y como «agenda de investigación, pero también de acción, no sólo para pensar, estudiar y entender a las tecnologías vitales, sino también para incidir en ellas» (p. 179) llegamos al capítulo que el autor considera como su aportación más significativa, la pregunta «por la vitalidad, las tecnologías, su estudio y uso desde y en Latinoamérica» (p. 44), epígrafe que titula «Rumbo a una agenda descolonizadora y activista en Latinoamérica». La propuesta es ambiciosa pero necesaria: «plantear una agenda sobre las tecnologías vitales, que busque descolonizarlas, resituirlas y resistirlas en los casos necesarios, nos compete a todas y todos» (p. 181) y las razones de tal proposición son tres: «crear unas [tecnologías] que respondan a nuestras necesidades» (p. 188), construir una base para una «alfabetización sistémica» (p. 188) y, por último, y en sus propias palabras, «debemos tomarnos en serio la tarea de construir una verdadera cultura digital latinoamericana. Por ello debemos desarrollar un pensamiento latinoamericano sobre lo digital» (p. 188). A lo largo del capítulo se van desplegando diferentes sugerencias, así como aquellas tareas necesarias para conseguir tal objetivo: la conformación de un espacio latinoamericano de reflexión en torno a la tecnología y a cómo se genera una vitalidad que funcione para la mejora de las sociedades.

Si bien el libro finaliza con un epílogo en el que se contraponen, de una manera muy personal, la vitalidad de las tecnologías y la necesaria recuperación de la vitalidad no tecnológica, la conclusión del mismo creo que exige considerar si en las casi trescientas páginas se han respondido a las dos cuestiones clave planteadas por el autor, a saber, «¿cómo se construye y cuáles son las condiciones de existencia de esta vitalidad? Y ¿cómo podemos estudiarla y comprenderla?» (p. 44). Pues bien, desde aquí invito a que atentamente se lea esta obra y se descubra que Edgar Gómez Cruz da cumplida y solvente respuesta a tales cuestiones.

Referencias

Kember, Sarah y Zylinska, Joanna (2012). *Life after new media: Mediation as a vital process*. M.I.T. Press